

CAPITULO III.

La Cena.

La invitacion de pasar al comedor, fué recibida con el mayor agrado entre todos los concurrentes, porque la cocina y la bodega de vino de Metternich, gozaban ya en aquel tiempo de una celebridad europea. Metternich era solamente hombre de Estado, sino tambien muy ospitalario, porque el modo con que trataba á los convidados, se hallaba comprendido en su ciencia como político. En aquella noche, la mayor parte de los concurrentes, se entregó sin discrecion alguna al goce momentáneo de los placeres de la mesa, ó..... á aquella va-

ciudad terrible, inherente al mundo aristocrático, como su triste don.

Viviendo allí Metternich, en la calidad de huésped del emperador, sorprendió á los convidados con un lujo verdaderamente régio, que los deslumbraba. Mas no todos se fijaron en esta magnificencia. La jóven y hechicera princesa von der Leyen, llevaba una diadema de esmeraldas, que brillaba en su blanca frente como pocas. Sin embargo, su caballero el señor de Chamisso, no puso atencion, sino en el brillo de los maravillosos ojos de esta jóven, aunque tuvo que reprimir su connoction interior, haciéndose bastante violencia, á causa de los concurrentes.

Una de las mujeres mas bellas que habia en aquel tiempo en Paris, era la princesa Paulina Schwarzenberg: aunque madre de nueve hijos, brillaba en su lujo como una reina; pero su esposo, el príncipe José Schwarzenberg, no se apercibió de este brillo, sino que sus miradas se fijaron en las bellas facciones de esta excelente mujer. Dificilmente se podria encontrar en la capital de Francia un matrimonio mas feliz que éste.

Tampoco Alejandro y Guillermo de Humboldt, que pasaban del brazo, hacian aprecio del lujo espléndido, pues ellos eran felices en su amor fraternal y en su modo de vivir intelectualmente. Siempre eran los Dióscuros de antes, solo que el lazo que los unia era mas estrecho. Alejandro habia dedicado á su hermano su obra «Ojeadas á la naturaleza,» como un testimonio de la

mayor estimacion, y Guillermo le dedicó en cambio un magnífico poema, tomando como era natural, un grande interes en la publicacion de la obra colosal de su hermano y de la vida de éste en Paris. Hablaron entre otras cosas, de los grandes hombres con quienes Alejandro tenia relaciones estrechas, como de Gay-Lussac, Arago, Laplace, Cuvier, etc.

A algunas de estas celebridades ya conocia personalmente Guillermo de Humboldt y á otras no; entre los últimos se hallaba Arago, por cuya circunstancia se informó con su hermano respecto de su persona.

—Me preguntas qué opinion tengo formada de Arago, contestó Alejandro, y sus facciones llenas de bondad tomaron la expresion de aquel calor íntimo que produce la estimacion. Arago busca con grande empeño descubrimientos, y á la vez prosiguiendo con mucha cautela en las consecuencias que sobrepasan la extension de resultados aislados, le agrada señalar nuevos métodos con los cuales se aproxima mas y mas al objeto, y se puede conocer la identidad de las causas de fenómenos, en apariencias diferentes. La accion de las fuerzas de la naturaleza que se demuestran tanto en los fenómenos de la luz, del calor, del magnetismo y de la electricidad, como en las combinaciones y descomposiciones químicas, pertenece á la série de los procedimientos misteriosos sobre los cuales han esparcido una grande é inesperada luz los descubrimientos importantes de nuestra época.

En el terreno de estos gloriosos descubrimientos, ocupó Arago uno de los primeros lugares entre los grandes físicos modernos. Ascendiendo por medio del método seguido por él, hasta las poderosas fuerzas intelectuales que están en accion en su interior, nos inspira asombro y respeto su extension. Lo mas notable en él es, que mientras ensancha para los sabios los límites del saber, posee por otra parte el don prodigioso de esparcir á su rededor los conocimientos adquiridos. De este modo no le falta ninguna especie de influjo, y la *autoridad* de su nombre no es menos que su *popularidad* (1).

—Con todo esto no se debe olvidar la pureza de sus costumbres y el encanto en su modo de expresarse, dijo el ministro.

—Y, añadió Alejandro, la benevolencia de su carácter. Por lo que respecta al encanto de su modo de expresarse de que acabas de hablar, brilla junto con el esmero que emplea en conocer los hechos, la imparcialidad de su crítica, la claridad de la explicacion científica y finalmente, el empeño que crece con la magnitud del objeto. El número y la variedad de los trabajos de Arago, que tienen por objeto la física del cielo y de la tierra, opondrán un dia grandes dificultades al problema de hacer su biografía.

(1) Palabras textuales de Humboldt.

En aquel momento se acercó el mismo Arago y la conversacion tomó otro giro..... llegaron á la mesa..... los convidados tomaron asiento en los magníficos confidentes, á los cuales fueron conducidos por el maestro de ceremonias.

La cena era deliciosa; los vinos esquisitos, y allí donde no estuvieron «las cabezas llenas de paja,» segun la expresion de Schlaberndorf, hubo una conversacion muy animada y llena de ingenio.

El conde de Metternich se excedia en amabilidad. Los dos príncipes Cárlos y José Schwarzenberg, la princesa Paulina Schwarzenberg, el príncipe Esterhazy, el conde de Zeppelin, el embajador de Wurtemberg con su bella y amable esposa, el señor de Krusemark, el embajador de Prusia, Talleyrand, los señores y señoras de Montmorency, de Mortemart, d' Andenarde, el conde Fedor Goloffkin, la princesa von der Leyen, el gran maestro de las ciencias Alejandro de Humboldt, todo el personal de la embajada de Austria, los señores de Floret, Tettenborn, Wratistlaw y Böhm..... todos ellos con los señores Chamisso y Varnhagen von Ense, constituian lo mas selecto de la reunión, reinando entre ellos el humor mas agradable. La mas hechicera y amable de este círculo, era la princesa von der Leyen, sobrepujando á las demás en juventud, belleza é ingenio. Chamisso solo hablaba de ella como de una sílfide, que en todo su sér era un enigma. Viva, y algunas veces meditabunda y silenciosa..... exenta de toda sensibilidad afectada:

ranca, y dotada por otra parte de un esquisito tacto y profundo sentir..... rica en saber, y sin embargo, tan modesta é inocente como una niña.....

Por todo esto era una rara excepcion entre las demás señoras de la alta esfera de una ciudad, en que la inocencia y las relevantes cualidades del sexo femenino no estaban de moda.

Esta jóven y hermosa princesa chanceaba con todos, y en aquel momento platicaba con Arago, en cuya conversacion manifestó conocer las aventuras de los grandes sabios de España y Argel, países que acababa de visitar aquel célebre personaje. La princesa le preguntó entre otras cosas si le habian inspirado temor los dos leones que el dey de Argel regaló á Napoleon, y que vinieron en el mismo buque que Arago.

Este contestó sonriendo:

—Parece que no me considerais héroe.

—¿Por qué no? contestó la princesa. El que en la ciencia es un conquistador tan audaz.....

—Es generalmente un héroe de libros, pero mal soldado, la interrumpió Arago. Sin embargo, para salvar mi reputacion de héroe de guerra, voy á referiros un episodio de mi juventud.

—¡Magnífico! exclamó la princesa alegremente. Escucharemos todos con atencion.

—Cuando tenia yo siete años, dijo Arago, vivian mis padres en Estagel, del Departamento de los Piri-

neos occidentales. Mi padre, profesor de derecho, tenía allí algunos bienes, como terrenos, viñas y campos sembrados de olivos, con cuyos productos mantenía á su numerosa familia. En aquella época era Estagel un punto de estacion para aquellas tropas que, viniendo del interior, se dirigian á Perpignan, con el objeto de reunirse al Ejército de los Pirineos. Por este motivo habia en mi casa paterna, casi sin interrupcion, oficiales y soldados, y esta circunstancia, unida á la viva excitacion que me produjo la invasion española, me inspiró tanta predileccion por la guerra, que mi familia tuvo que vigilarne muy de cerca, para evitar que me fuera yo con los soldados que dejaban la poblacion. Y aun sucedia frecuentemente, que tuvieran que volverme á corta distancia, ya en marcha con las tropas.

—¡Por Dios! exclamó Metternich, con alguna ironia; entónces se despertó en efecto muy temprano vuestro espíritu guerrero.

—¡Oh! esto nada es aún, Excelencia, contestó Arago alegremente; mis principales hechos heroicos vienen despues. Era de noche; acababa de pasar la batalla de Peires Tortes; las tropas españolas, ya batidas, venian en dispersion por el camino. Yo estaba antes de salir el sol en la plaza de la aldea, y ví á un brigadier español, acompañado de cinco soldados, que con la vista del árbol de la libertad, exclamaron:

—«¡Estamos perdidos!»

«Violentamente me fuí á mi casa; me armé con una lanza que habia dejado un soldado; me embosqué en la esquina de una calle, y dí una lanzada al brigadier, haciendo un esfuerzo, porque en mi edad de siete años apenas podia yo sostener la arma referida.»

—¡Cielos, un segundo Aquiles! exclamó la princesa, aplaudiendo con sus dos manecitas.

Arago se inclinó con una sonrisa afectuosa, prosiguiendo:

—Aunque la herida no fué grave, iban los enemigos á castigarme para siempre con un sablazo en la cabeza, por mi audacia guerrera, cuando afortunadamente vino en mi auxilio una multitud de aldeanos, que armados de hoces, lograron hacer prisioneros al brigadier y los soldados, libertándome de este modo. (1)

—Estais en la mayor gloria del mas bello heroísmo, exclamó la princesa, y nadie se atreverá de hoy en adelante á poner en duda la gloria de vuestros laureles.

—Me falta referiros, dijo Arago, de que modo extraordinario me llevó este anhelo juvenil por la carrera militar, á la de las ciencias exactas.

—Alá es grande y sus designios son inexplicables, exclamó la princesa. Os escuchamos, pues, amigo mio.

—Habiéndose trasladado mi padre con la familia despues de algunos años, continuó Arago, á Perpignan en

(1) Hecho positivo

donde le habian nombrado tesorero de la casa de moneda, visité allí el gimnasio. A una edad de diez y seis años eran nuestros autores clásicos mi lectura favorita, hasta que una rara circunstancia cambió la direccion de mis pensamientos.

—¿Y qué fué lo que produjo un resultado tan prodigioso para el mundo científico? preguntó el príncipe de Schwarzenberg.

—Dos charreteras nuevas y muy relumbrantes.

—¿Cómo? exclamaron todos.

—Paseándome muy temprano en las fortificaciones de la ciudad, continuó Arago, ví á un oficial del cuerpo de ingenieros dirigiendo algunas obras de reparacion. Era muy jóven aún, y las charreteras nuevas de su uniforme brillaban de un modo tan extraordinario, que me deslumbraron por varios motivos. Mi ambicion despertó con el pensamiento de poder llevar tambien algun dia divisas de esta clase. Este pensamiento me dió valor para acercarme al jóven oficial y preguntarle de qué modo habia adquirido tan jóven aquellas charreteras. El oficial, que comprendió lo que pasaba en mi mente, sonrió y dijo:

—«Acabo de dejar la escuela politécnica.»

—«¿Qué escuela es esa? pregunté.»

—«Es una escuela en que admiten á los alumnos despues de haber sufrido un riguroso exámen.»

—A mi pregunta de que si se exigian muchos conocimientos á los que querian ser admitidos, me contestó que esto podia saberlo mejor, leyendo el periódico de la escuela politécnica, que se hallaba en la biblioteca de la escuela central. Dí las gracias al oficial, y corrí á la biblioteca con la cabeza ardiendo. Desde aquel instante abandoné á Corneille, á Racine, á La Fontaine y á Molière; frecuenté el curso de Matemáticas que estaba confiado á un hombre muy venerable, al abate Verdier; pero cuyos conocimientos en este ramo no pasaban de los que contienen los elementos de La Caille. A primera vista conocí que la enseñanza de Vernier no seria suficiente para asegurar mi admision en la escuela politécnica, y de consiguiente me resolví á estudiar yo solo las obras mas modernas.

—¿Estas eran seguramente las de Legendre? dijo Alejandro de Humboldt.

—Las de Legendre Lacroix y de Garnier.

—¿Y las comprendísteis en aquel tiempo?

—Al principio se me presentaron algunas dificultades que no pude vencer, lo que me entristecia mucho, pero me sucedió una cosa, que tomé por un aviso del cielo. Pues, me encontré á mi maestro, á mi porvenir, á toda mi felicidad..... en un forro de la Algebra de Garnier.

—¡Hablais en enigmas! exclamó la princesa.

—Hablaré mas claro. El susodicho forro consistia

en una página impresa sobre la cual estaba pegada una hoja de papel azul. Lo que habia leído por casualidad en el lado descubierto, despertó mi curiosidad de saber lo que ocultaba el papel azul. Despues de haberlo humedecido con agua, lo quité con cuidado y entónces se me presentó impreso con grandes caractéres el consejo que dá d' Alembert á un jóven, que se habia quejado de las dificultades que le sobrevengan en sus estudios: «Adelante, señor mio, adelante, la conviccion vendrá mas tarde.»

—¡Magnífico! dijo Metternich.

—¡Qué coincidencia tan rara! exclamó la princesa:

—Esto fué para mí un rayo de luz, continuó Aragón. En lugar de penetrar á primera vista y con terquedad el sentido de los problemas que se me presentaron, pasé adelante, y con frecuencia quedé sorprendido al ver en la mañana siguiente, que comprendia muy bien lo que en la víspera estaba envuelto para mí en densas nubes. Estudié con mucho empeño, aumenté mis conocimientos con el *Análisis de lo Infinito* de Euler; la *Resolucion de las ecuaciones numéricas*, la *Teoría de las funciones analíticas* y la *Mecánica celeste* de Laplace; y de este modo sostuve con brillo mi exámen, despues de año y medio de estudios.

—¿Quién no lo sabe? interrumpió Alejandro de Humboldt. El que como vos, ha sido nombrado á la edad de veintitres años miembro de la Academia, en lugar de

Laplace, por 47 votos de 52 presentes, puede estar contento con sus esfuerzos.

En aquel momento ofrecieron los de la servidumbre piñas de un aroma exquisito.

—¡Qué aroma tan delicioso! dijo la jóven princesa. No conozco ninguna fruta que me guste tanto como esta.

—Es lástima, contestó Alejandro de Humboldt, que no me hayais acompañado en mi viaje á la América Central. En el Orinoco superior está situada la mision Esmeralda, en una pradera donde se encuentra en grupos la planta Mauritia, el árbol del Sagú americano. Mas allá se convierte la pradera en sabana, y allí se encuentran las piñas silvestres en tal abundancia, que su aroma delicioso perfuma la atmósfera á algunas leguas en contorno. Y estas son la mejor clase de piñas que hay en el mundo.

—Callad, señor de Humboldt, callad; exclamó la princesa. No veis que el señor de Talleyrand está torciendo los ojos del puro deseo de ver esos países prometidos. Le despedazareis el corazon con vuestras descripciones.

—Esto no puede ser, princesa, contestó Talleyrand, pues ya no tengo corazon desde que vos me lo habeis robado; mas por lo que acabó de decir el señor de Humboldt, le pregunto si las mejores piñas no vienen de la Habana.

—No, Exelencia, contestó Humboldt. Las piñas son

el adorno de los campos cerca de la Habana cuando se les cultiva en hileras, pero en las pendientes del Duida embellecen el zacate de las sabanas, y estas plantas silvestres sobresalen á todas las demás clases, aunque jamas llegan á ser importadas á Europa.

—Decidme, mi apreciable señor de Humboldt, volvió á interrumpir la princesa, arrojando una mirada satírica á Talleyrand, ¿comen los indios de aquellas regiones todos estos manjares esquisitos?

—Sí, mi estimada princesa, contestó Humboldt, con amabilidad. Esto depende del gusto, porque hay comarcas y países enteros. en los cuales las hormigas se estiman como un manjar esquisito.

—¡Horrible, horrible! exclamó la pequeña princesa. No nos iremos allá. ¿Es verdad señor de Talleyrand?

—Si vos lo deseais, contestó el célebre diplomático, con una inclinacion de cabeza, os seguiré, aun hasta el país donde comen hormigas.

—¡Por Dios! exclamó la princesa, ya os acomodais, tan solo porque las hormigas son una rareza en nuestras mesas.

—He conocido un gusto todavía mas extravagante entre los indios. A los Otomacos les agrada comer tierra, dijo Humboldt.

—¡Tierra! exclamó Talleyrand, con seriedad. No quisiera prestar mi estómago para ello.

—Tampoco sois salvaje, dijo el príncipe Schwarzen-

berg; al contrario, se dice de Vuestra Excelencia que sois el mas amable y mas apto entre los diplomáticos del mundo, para acomodaros á las circunstancias.

—Acaso tenga algun derecho á esta reputacion, contestó Talleyrand, cuando no se hallen presentes Metternich y Schwarzenberg.

—¡Por amor de Dios! exclamó la princesa de los ojos negros, no se trata aquí de la flor de las diplomáticos sino de los Otomacos que comen tierra.

—Hablásteis de que los indios comen tierra, señor de Humboldt, dijo Arago. Supongo que esto no querrá decir que esos hombres se alimenten exclusivamente con ella.

—De ninguna manera, contestó Humboldt. Aquellos indios pertenecen á los animales *omnívoros*, de los cuales los otros indios dicen, que ninguna cosa, por asquerosa que sea dejarán de comer. En tiempo de seca se mantienen de pescado y tortugas, y en tiempo de aguas, cuando ya no pueden pescar, tienen en sus chozas un gran depósito de globulitos de tierra, colocados en forma piramidal, de una altura de tres á cuatro piés; cada globulito tiene un diámetro de tres á cuatro pulgadas, y es de un barro muy fino y grasoso, que contiene mas sílice que alumina, con cuatro y cinco por ciento de cal.

—¡Cosa singular! dijo la princesa. ¡Cuán variado es el buen tono en el mundo!

Todos rieron.

—¿Y no hay mas tribus que coman tierra? preguntó Varnhagen.

—Tambien en la costa de Guinea, contestó Humboldt, comen los negros tierra, y la toman como una cosa esquisita. La llaman allí *Cavuac*. Lo mismo sucede en Java y en todo el archipiélago de la India, donde comen tierra bajo el nombre de *Tanaampo*, en forma de tortillitas de barro ligeramente quemado. De muchos fenómenos fisiológicos resulta, que se puede satisfacer el hambre momentáneamente comiendo tierra, sin que las sustancias que se someten á los órganos de la digestion sean, propiamente hablando, nutritivas.

—El Sur de América, dijo la princesa, debe ser en efecto un país muy extraño. Por una parte muy abundante en víveres, y por otra necesitan comer tierra en defecto de aquellos.

—Ciertamente, contestó Humboldt. Tienen el árbol del pan y otros miles de frutos: los cocoteros, la palma del sagú, el árbol de vaca, que les proporciona una leche deliciosa..... y no es esto todo: hasta los vestidos crecen en los árboles en el sentido literal de la palabra. Bonpland y yo vimos en la pendiente del cerro Duida, una multitud de árboles de *camisa*.

—¡Os chanceais! exclamó Metternich.

—Perdonad, Excelencia, contestó Humboldt; digo la pura verdad. Estos árboles, llamados *Marima*, tienen

truncos de una altura hasta de cincuenta piés, de que los indios cortan piezas de dos piés de diámetro, quitándoles de tal modo la corteza fibrosa de color rojo, que no hacen en ella ningun corte longitudinal. De estas corteza forman sus camisas que parecen costales sin costura. Por un agujero que le hacen en la parte superior, introducen la cabeza, y por otros laterales los brazos. Los indígenas usan estas camisas como abrigo cuando llueve mucho. Estas camisas tienen la forma de los *ponchos* que se usan en Nueva-Granada, Quito, y el Perú. Tambien ciertas palmas proporcionan una especie de sombreros.

—Si no fuera por las hormigas, los cientopíes, las boas, los tigres y los mosquitos, dijo la princesa von der Leyen, se podria considerar al Sur de América como el país de Jauja.

—Y sin embargo, dijo Humboldt, está gran exuberancia de la naturaleza en aquellos países, refluje de una manera lamentable en el carácter de sus habitantes, siendo ella la causa principal de su pereza.

—En esto hay una profunda sabiduría de Estado, dijo Metternich; el bienestar de los pueblos consiste en que no tengan demasiada abundancia. Los trabajos, las penalidades y las necesidades, deben mantener á los hombres en una actividad saludable, que por una parte no dé lugar al desfallecimiento, y por otra, no ocasione excesos.

—Vuestra Excelencia tendrá razon, contestó Humboldt sonriendo, si los cuidados, necesidades y penalidades de que cada uno recibe su parte de la naturaleza, no son aumentados desproporcionadamente por el Estado, porque en el gran gobierno del mundo deben servir, en efecto, como un estímulo para la actividad física y espiritual, y no como una carga opresiva.

—Aténas decayó, contestó Metternich, luego que sus ciudadanos fueron ricos, y su vida solamente un juego agradable.

—Pero jamas habria llegado á su estado floreciente, tan notable para todos los tiempos, contestó Humboldt, si un gobierno tiránico hubiera detenido el bienestar del pueblo por una opresion excesiva. La fábula del Fénix debía servir á los pueblos de ejemplo. Por mucha que sea la abundancia con que la naturaleza haya dotado á un pueblo, la vejez y aun mas la pereza, si se entrega á ella, le quitan inevitablemente su plumaje brillante. Solo por medio de una tendencia libre, no detenida por ninguna opresion exterior é innecesaria, hácia lo mas noble y mas sublime; solo por una existencia llevadera y de ánimo alegre; solo por las llamas de un entusiasmo puro, se renueva la fuerza desfallecida, y se conserva la juventud eterna de la vida interior.

—Si no fuera una cosa, contestó Metternich. El bacarro de oro del egoismo crece, si se creen felices los individuos ó los pueblos hasta convertirse en el toro fu-

rioso de Falaris, que convierte en cenizas á su padre y á su adorador.

—En efecto, contestó Humboldt, con seriedad: si el egoismo fuese el fruto de una vida vigorosa de las naciones; pero Vuestra Excelencia confunde el egoísmo con la *conciencia de sí mismo*.

El príncipe José Schwarzenberg condujo á otro objeto la conversacion que le pareció ya demasiado seria. El ingenio y la chispa volvieron á animar la conversacion hasta que apareció la aurora y se disolvió la reunion.

El viejo príncipe von der Leyen ofreció el brazo á su hija. Ambos acababan de entrar al corredor, cuando el Señor de Chamisso, envuelto en su capa, apareció luego al lado de la jóven.

—¡Dios mió! exclamó la princesa, dirigiéndose á su padre. He olvidado mi abanico. ¿Me quereis hacer la gracia, mi querido papá, de dar orden á Juan, para que lo traiga? Debe estar todavía en el lugar que ocupé.

Mientras el príncipe daba su orden á Juan, se aproximó Chamisso á la jóven, diciéndole en voz baja:

—Es preciso que nos veamos mañana.

—Pero no puedo..... No es el dia en que suelo recibir vuestras lecciones.

—Buscad un pretexto.....

—No sé si pueda..... ¡oh!.....

El lacayo trajo en este momento el abanico.

—¡Os suplico que me concedais esta gracia!

—Pues bien..... en mi biblioteca..... al media día...

—Aquí está, hija mia, dijo el príncipe, entregando el abanico.

Chamisso se alejó, y el príncipe condujo á su hija al carruaje que les esperaba afuera.

CAPITULO IV.

La hora de la leccion.

El sol ya se hallaba muy cerca del zenit, cuando la jóven princesa von der Leyen salia de su dormitorio, y se dirigia á su asistencia. Su hermosa y esbelta figura estaba envuelta en un túnico blanco que por su sencillez hacia realzar mas sus nobles formas.

Tambien la asistencia de la jóven era sencilla, aunque arreglada con gusto. Los muebles eran de ébano forrados de seda de color azul celeste, y las paredes estaban tapizadas con papel de igual color, miéntras grandes cortinas blancas de muselina bordada adornaban las dos ventanas y una alfombra de Persia cubria